

## LIBERTAD FRENTE A INTERVENCIÓN

*Discurso leído por el Académico correspondiente, electo,*

ILMO. SR. DON GERMÁN BERNÁCER TORMO

*en el acto de su recepción, 5 de mayo de 1960*

He de confesar que me ha causado bastante quebradero de cabeza la elección del tema de esta disertación. No encontraba en mi pobre acervo ideológico algo que fuese digno de mi escogido auditorio ni de corresponder adecuadamente al alto honor que en este acto se me hace.

Al fin me decidí por una cuestión que siempre me ha interesado y que no pretendo resolver, pero sí opinar sobre ella. Es ese debatido problema de la Economía libre y la Economía dirigida, muy fundamental para el porvenir de nuestra ciencia y también de nuestra vida.

Mas antes de pasar adelante tengo que hacer una digresión, porque de tanto debatir sobre todo esto ha resultado que ya no sabemos una cosa que creíamos saber antes: de qué trata la Economía. Por lo menos hemos dejado de saber si somos entendidos bien cuando de ella hablamos.

Ahora han dado muchos en decir que la Economía no es una ciencia de fines, sino de medios. La Economía sería como el martillo, cuya misión es golpear, y no es asunto del que lo hizo si va a dar en la cabeza de un semejante para hundirle el cráneo, o se emplea para echarle un remiendo a la cama donde nos vamos a acostar.

A mí me parece ésta una estratagema un tanto solapada, pues semeja tener por objeto echar sobre los políticos toda la responsabilidad de lo que los economistas ideen, aun a costa de reducir la Economía a un artilugio irresponsable, a una pura técnica vacía de sentido.

En mi tiempo, en el tiempo lejano en que yo comencé mi contacto con la ciencia económica, se consideraba ésta como una rama de la Ética, y la Ética no es ajena a los fines. Aunque sobre esto de los medios y de los fines hay bastante que hablar.

Empezaré por definir mi pensamiento por medio de un apólogo. Caminaba una vez un comerciante persa, acompañado de su hijo adolescente, por tierras de Arabia (advirtamos como de costumbre que cualquier parecido que se pudiera encontrar entre estos personajes fingidos y algún ser de carne y hueso sería puramente casual) y le predicaba el padre al hijo la importancia de los principios morales en la vida y en el comercio: la fe, la veracidad, la fidelidad a los compromisos adquiridos, el leal cumplimiento de lo convenido y otras muchas cosas que convenían al negociante honrado. Al término de la jornada recalaron en una posada del camino donde encontraron a otro negociante, árabe éste, con el cual entró en tratos el persa. Y hubo de observar el joven que su padre andaba muy lejos de aplicar los principios que no ha mucho le predicaba. A solas más tarde con su progenitor le pedía explicaciones el hijo de cómo se compaginaba su conducta con lo que antes se esforzaba en inculcarle. A lo que el padre le contestó: “Yo soy comerciante, y soy comerciante para ganar dinero, no para perderlo. Este negociante árabe a quien hemos encontrado me quería engañar usando todas las perfidias de la falsía y de la mala fe; de haber obrado con toda lealtad con él, hubiera sido yo el engañado. Si los hombres de bien procediéramos con los pícaros como se debe proceder con las personas honradas, nos arruinaríamos, tendríamos que cerrar nuestros comercios, y el mundo de los negocios estaría sólo formado por pícaros, con lo cual saldríamos todos perdiendo.”

No me atreveré yo a condenar las razones del negociante persa, pero sí he de apuntar que si el ambiente comercial fuese tal que nunca triunfasen los pícaros, que prosperaran los más honrados y se arruinasen indefectiblemente los que no lo son, habríamos dado un enorme paso en la moralidad del mundo de los negocios, y hasta desde el punto de vista del bien material podríamos cambiar con ventaja los enormes progresos técnicos en lo que va de siglo por el ambiente de mutua confianza que esto traería en los negocios. Pero a la manera del comerciante persa de nuestra historia nadie quiere empezar a arruinarse para dar un ejemplo que no se está seguro de que vayan a seguir todos.

Yo ya sé, porque lo conozco, que el mundo comercial no es un mundo de pícaros, pero hay entre las muchas personas honradas suficiente número de ellos para que, en la práctica de los negocios haya que tomar muchas precauciones si se ha de evitar el engaño; que gastar mucho trabajo en decepcionar a los que ven en los negocios un medio de prosperar a expen-

sas de los demás, en vez de ver una manera de ayudar a la comunidad por medio del propio esfuerzo. Porque son muchos los justos y menos los pecadores, porque la honradez en el comercio es fundamental, podemos concebir perfectamente la posibilidad de un medio comercial en que no sea posible la mala fe y el engaño, ya que el empleo de tal proceder conduciría tan fatalmente a la ruina que nadie podría esperar de él ni el éxito ni la fortuna.

Y eso sólo puede venir de que se cree un medio, un ambiente social adecuado que estimule la moralidad y desaliente al truhán. A eso podría contribuir más un buen régimen económico que las predicaciones. Ved, pues, cómo la Economía, ni aun en aquello que afecta a sus fines inmediatos, puede ser ajena a los principios éticos. La moral es un gran instrumento económico. Y la Economía a su vez podría ser un gran instrumento de la Moral; hoy no lo es, por razones que incumben más a la Economía que a la Ética. Al propio técnico no puede serle indiferente que sus inventos sirvan para hacer motores que ayuden al hombre a vivir, mejor que para construir bombas atómicas que lo aniquilen.

El economista podrá proponerse un sistema materialista que tenga como fin colectivo aumentar los bienes físicos y como fin individual ganar dinero, pero esos fines en sí no son nada, son a lo sumo porciones de la felicidad humana. Y demos por supuesto que lo consigue en grado superlativo, mas ¡ah! cuando se trata de ver qué empleo conviene dar a esos bienes, que venga el sacerdote, que venga el moralista, que venga el filósofo; el economista se retira, su misión ha terminado. Esto da risa. ¿Por qué se afanaría el hombre en producir si dejamos a un lado los fines que son los móviles más potentes del ser humano?

Y luego ¡qué relativismo es ese de los fines y los medios! Para la ética el bien es un fin, mas no el fin último. Para un religioso el bien es el medio de ganar el cielo, para un filósofo el medio de cumplir un fin trascendente. Todo es fin de algo y medio de otro fin más alto. Los que nos presentan la Economía exclusivamente como un medio nos dicen, sin darse cuenta, una vaciedad. Lo importante es que nos digan dónde fijan su fin último, dónde se detienen en ese encadenamiento que enlaza los fines y los medios.

Como insinué al principio, yo creo que esto no es una opinión lógica; es un afán de no comprometerse. Un economista podría servir así, siendo liberal, a un sistema político intervencionista, o viceversa. Si está adscrito

a una cierta doctrina, tiene que quedar en paro cuando rige la contraria, de igual modo que quedaban cesantes los conservadores de antaño cuando venían los liberales y al revés. Para evitar este vaivén los funcionarios dejaron de ser políticos y se hicieron *técnicos*, de un tecnicismo acreditado por muy doctas oposiciones.

Cerrando la anterior digresión, que era necesaria, vengamos al asunto propio de nuestra disertación. ¿Debe ser la Economía libre o intervenida?

La economía debió de iniciarse, al igual que la vida, como un hecho libre, por la simple razón de que al comenzar era cosa desconocida, y mal se puede reglamentar lo que se desconoce por completo. Empero algo no debió funcionar bien desde el principio cuando ya de muy antiguo empezaron los ordenamientos de la economía, sin que pueda decirse que esos ordenamientos dieran muy buen resultado, pues alternativamente se hallan en predicamento y en descrédito, sin que nunca pudiera ser abandonado ni adoptado definitivamente ni un sistema ni el opuesto.

Hay grandes ondas históricas de libertad y de intervención. La última de esas ondas abarca, como fase intervencionista, el período de la monarquía absoluta, sin que yo sea capaz de señalar cuándo se inició, y como fase liberal, el siglo XIX. Creo que tales ondas históricas debieran ser estudiadas por los que estén mejor preparados que yo para ese menester y tengan más tiempo por delante. Para mi objeto actual me bastará indicar que, a partir de la primera guerra mundial y sobre todo de su postguerra, se inicia una onda intervencionista que la segunda guerra mundial ha acentuado.

Señalaré con brevedad las causas que a mi juicio han influido en ello.

En primer lugar, la guerra misma. La economía es naturalmente un fenómeno de paz. La guerra exige un esfuerzo fuera de las reglas normales de la Economía, con el fin concreto de conseguir la victoria bélica sin preocuparse de lo que cueste, en tanto que la norma de la Economía de paz es el mínimo de coste y el máximo de provecho. A veces en la guerra vence Atenas, pero la preparación para la guerra y su desarrollo reclaman mejor el clima de Esparta. Es natural que en la guerra, que compromete la vida de la nación o de preparación para la guerra, sea el Estado quien ordene la economía de la manera que juzgue más conveniente para la situación anormal en que se vive.

En segundo lugar, el socialismo. Esta influencia merece más dilatado examen. Se dice que las revoluciones del siglo XVIII y en particular la

Revolución Francesa, fueron las revoluciones de la burguesía. Creo que eso no es exacto. Las revoluciones en general y la francesa en particular, contienen muchos elementos diferentes y aun contradictorios. Como en toda revolución había un fondo iconoclasta y una aspiración igualitaria, al mismo tiempo que una fuerte reacción contra el régimen al que se atribuían los males que el pueblo padecía, sentimiento que se manifiesta simplistamente en tomar en todo el punto de vista opuesto al que venía rigiendo en el ordenamiento de las cosas, lo que llevó fácilmente a aceptar cambios que acaso no eran muy acertados para el fin igualitario que se perseguía, como la abolición de las tierras comunales y otras formas de propiedad que se acercaban más al ideal igualitario que la parcelación y el fortalecimiento de la propiedad privada que vino a vigorizar a la clase media o burguesa. Fue la revolución la que puso en sus manos, sin querer, el encumbramiento de una clase que hasta entonces se mezclaba con el pueblo en el estado llano; del mismo modo la lucha contra el feudalismo muchos siglos antes permitió a la monarquía, gracias a la alianza con el pueblo, adquirir fuerza y vigor. La revolución se hizo bajo el signo de la libertad popular, pero comenzó como todas por la negación más absoluta de la libertad: el despotismo del populacho y el terror. Luego derivó políticamente hacia el parlamentarismo y los derechos del hombre, y económicamente hacia la rotura de las mil trabas intervencionistas que había creado la monarquía y a las cuales se atribuyó la miseria de las masas, por los obstáculos e impedimentos a la producción.

La libertad económica que vino a implantarse entonces no dio buenos resultados. Aumentó el paro, los salarios tendieron a ser de hambre, las crisis se intensificaron y, al lado del florecer del maquinismo que multiplicó la capacidad de producir, vino a desarrollarse, en agudo contraste, la miseria de las clases obreras que sólo podían defenderse enrolando en el trabajo a las mujeres y a los niños en edad temprana, con daño de su desenvolvimiento físico, intelectual y moral. Las descripciones contemporáneas de los duros tiempos que siguieron a la transfiguración del trabajo artesanal en trabajo manufacturero y fabril, con predominio del salariado, son horripilantes.

En vano predicaron los más entusiastas partidarios de la libertad, de moda a la sazón entre los intelectuales y los economistas, que ése no era defecto del nuevo sistema que propugnaban, sino fenómenos de adaptación que pasarían, para llevarnos al estado de prosperidad cuyo adveni-

miento era artículo de fe para los doctrinarios del nuevo sistema. La verdad fue que los males no pasaron, antes bien amenazaban con agravarse, y contra ellos no sólo protestaban los obreros, sino muchos espíritus humanitarios o filantrópicos, como el Conde de Saint Simón. El propio Stuart Mill, figura muy señera del nuevo credo, llevado del impacto de una realidad patente, echó mucha agua al vino de la nueva doctrina liberal, al admitir excepciones a la libertad, justificadas por muy potentísimas razones morales y de Ética.

Entretanto, espíritus más prácticos emprendieron la organización profesional de los trabajadores, de la que quedaban reminiscencias gremiales, como un remedio para defenderse contra la acción del mercado libre del trabajo. Al principio no fue reconocido el derecho de huelga colectiva y, en rigor, como cuestión de principio no era admisible, pues siempre se había negado el derecho de los ciudadanos a coaligarse para interrumpir la marcha normal de la economía, así como cualquier tentativa de monopolio del mercado, viniera de obreros o patronos, como cosa que va contra la libertad general; mas tanto ese derecho como el de libre sindicación, acabaron por ser reconocidos, dando así a los trabajadores un arma poderosa contra la libertad del mercado de trabajo. En el fondo de ese reconocimiento había la tácita aceptación de que en mercado libre el trabajador no podía obtener más que salarios de hambre.

Estas experiencias fueron conduciendo a las masas obreras, primero a perder su fe en la libertad, más tarde a adoptar, como política de clase, un intervencionismo a ultranza en favor de los trabajadores. Su táctica económica, que es la que aquí interesa, fue, una vez conseguida la sindicación, la de toda tendencia monopolista: luchar contra la competencia que amenaza su monopolio. Esto se manifiesta en su política interna por la guerra contra el trabajador libre o contra los sindicatos obreros rivales; en la externa, por una tendencia proteccionista contra la mano de obra extranjera, sobre todo si procedía de obreros provenientes de países cuyo tenor de vida es más bajo, no obstante su internacionalismo teórico. Es, después de todo, la misma política que ha llevado a los industriales de todos los países, aun de aquellos que fueron alguna vez rabiosamente librecambistas, a buscar contra la superproducción y los precios ruinosos, la sindicación patronal, el proteccionismo y a veces la competencia interior rabiosa para destruir al competidor débil y asegurarse así el monopolio del mercado interior. Lo mismo que, cuando no se puede vender toda la

producción nacional, semeja absurdo dejar entrar los productos extranjeros semejantes que hacen la competencia a los nacionales, cuando los trabajadores del país no hallan tareas suficientes con que ganar su vida, resulta incongruente ceder a extranjeros una parte de las vacantes. La desocupación y la superproducción tienen un tronco común. Son el mismo mal atacando respectivamente a obreros y patronos: la una deprecia los salarios, la otra deprecia los productos. La desocupación es hija de la superproducción. No se emplea trabajo en producir, porque hay sobra de productos sin vender, cuyos precios se hacen ruinosos. El mercantilismo fue, en su tiempo, una política coyuntural que trataba de reservar para la industria nacional, no tan sólo la demanda de productos, sino también para los trabajadores del país, las oportunidades de ocupación. Esto ha cambiado de nombre, mas no de esencia; se llama ahora proteccionismo.

Lo que quisiera hacer ver a mi paciente auditorio es el paso que se ha cumplido por las masas desde una fe ciega en la libertad como remedio de sus malas al campo contrario donde han ido a darse las manos con los que por tradicionalismo luchaban contra la novedad liberal. Esto no ha sido un hecho irracional; ha sido una evolución natural impuesta por la experiencia de realidades muy patentes y ayudada por una reacción normal en espíritus de poca formación intelectual. Esa evolución ha tenido su cristalización extrema en la dictadura del proletariado que había de venir a imponer, con la propiedad colectivista, un monopolio industrial, una intervención totalitaria de los asuntos económicos, mediante la introducción de planes o provisiones a largo plazo. De este modo se ha venido a pasar desde considerar por las masas al Estado como un enemigo del individuo con el que había que luchar arrancándole garantías contra los abusos de poder, a juzgarle el brazo providencial que había de traer el paraíso a la tierra. Cierto que este nuevo Estado no era ya el antiguo Estado-gendarme, sino el de los proletarios, pero desde nuestro punto de vista objetivo actual, esto no importa.

Lo más sorprendente es que no sólo las masas se han visto seducidas por el señuelo de la Economía intervencionista, sino que las pléyades intelectuales se han sentido contaminadas del propio virus que las masas obreras. No sé si esto es atribuible a un simple fenómeno de arrastre, mas aparte de esto, me parece ver que hay en ello algunos factores positivos que importa señalar.

El primero es una reacción de defensa contra los movimientos socia-

listas y comunistas. Sus oponentes, en lugar de pretender convencer a las masas de que están en un error al dejarse seducir por esas doctrinas, han seguido el sistema más fácil de atraerlas a una doctrina muy semejante, con ligeras modificaciones que suelen consistir en cambios de nombre y en adoptar lemas que la presentan como un sustitutivo del marxismo con las mismas ventajas materiales para las masas, pero quitándoles su virulencia en otros aspectos. Tampoco esas clases dirigentes han sido capaces de ofrecer algo equivalente dentro de la zona liberal o no lo han considerado eficaz. En vez de dar a las masas un antídoto, se ha querido inyectarles una vacuna del mismo virus atenuado. Tal ha sido el caso del hitlerismo en Alemania y del fascismo en Italia, que siguen a manifestaciones revolucionarias de tipo social en ambos países y acaban en el fracaso.

El segundo factor, más racional y científico, ha sido el insobornable dato de la experiencia de los tremendos acontecimientos ocurridos en este siglo. No podía ocultarse a los espíritus más perspicaces que las terribles lecciones de las guerras y las postguerras vividas, contaban una historia muy diferente de la que ellos habían leído en sus textos universitarios, historia que había que aprender y extraer de ella sus enseñanzas. Tal fue el caso de Lord Keynes, al que se vio en poco tiempo pasar del librecambio que profesaba a principios de siglo, según la docencia que recibió, al proteccionismo o quizás podríamos decir mejor al mercantilismo, cuyas ventajas canta en sus dos obras capitales; deslizarse del patrón oro, que en los manuales de entonces se miraba como el summum de la ortodoxia monetaria más perfecta, hacia un cierto nominalismo algo ambiguo; y derivar del libre juego de las fuerzas económicas, axiomática en la Economía del siglo XIX, a un intervencionismo oportunista que pretende evitar o atenuar al menos las terribles crisis que sacuden de vez en cuando el edificio económico, amenazándolo con la ruina. Ya estamos lejos de aquella ficción que describía los ciclos como simples fenómenos de acomodación y adaptación; se reconocía ahora que son terribles conmociones que exigen la intervención benéfica y decidida de los doctos economistas.

Lo que vino a construir el sabio economista inglés fue un último reducto donde a su juicio podrían salvarse los restos salvables del capitalismo anglosajón, en el terrible naufragio que se avecinaba. Ello implicaba la renuncia a los principios que fueron más queridos de los grandes clásicos de la Economía. El sistema por él ideado es un sistema a medio camino

entre el socialismo y el capitalismo, un socialismo moderado *ad usum* de los alumnos de Oxford y de Cambridge, una componenda mixta, a que tan aficionados son los ingleses, muy partidarios de zanjar las diferencias por el método de mitad y mitad, para contentar a las dos partes. Como proceder político esto tendrá sus ventajas, mas adolece del inconveniente propio de todas las mixtificaciones, y es que a la larga no satisfacen a nadie y, ante sus evidentes fallos tienden a desviarse hacia uno u otro de los extremos. Un teólogo español, el doctor Herrera, ha dicho hablando de esto: "Cuando el caso llegue, el comunismo se encontrará su obra casi hecha, los espíritus preparados. No habrá más que cambiar los nombres de las cosas, y eso es lo que menos cuesta."

Con estos sistemas mixtos se corre el peligro de tener lo peor de cada uno. Por ejemplo: una de las ventajas que se han solido reconocer al capitalismo liberal es la de estimular las fuerzas productivas. El intervencionismo tiende a emperezar tanto las energías de los obreros como de los patronos y hasta las de los profesionales libres. El patrono se siente acosado por el Fisco y por los múltiples obstáculos que se le oponen. El obrero ve que su ganancia no depende de su productividad sino de razones políticas y se cree interesado en no producir mucho para no caer en el paro; se siente protegido en su pereza por las garantías que se le dan contra las posibles arbitrariedades patronales. En las profesiones liberales no hay interés en sobrepasar ciertos límites de ingreso, excedidos los cuales es el Fisco quien se beneficia casi totalmente del mayor producto.

El sistema de, cuando un método fracasa, aplicar el opuesto, por pensar que será más acertado, esto es, si ha fracasado el sistema liberal creer que el remedio estará indudablemente en aplicar el intervencionista, es simplista. Se explica en el político que, ante la urgencia de los problemas, acuda a medidas espectaculares que calmen la ansiedad pública, aunque sea falazmente. Él tiene que hacer algo, tiene que intervenir; no hacer nada es aceptar de antemano el fracaso. El científico no está en ese caso; él debe y puede preparar soluciones eficaces y meditadas y no darlas en tanto no se vean sólidamente establecidas. El dilema de una cosa o la opuesta no es, no debe ser. Ante el fracaso de un sistema caben dos caminos: buscar en un sentido opuesto o investigar en el sistema fracasado qué elementos inconciliables contenía que han acarreado su fracaso, aun siendo bueno en sí. Y esto es lo que no se ha hecho con la libertad económica. Los que continúan aferrados al sistema liberal lo aceptan como fue y ya

fracasó; sus contrarios se limitan a repudiarlo en bloque. Los defectos de cada sistema les han interesado a los contrarios, para combatirlo, pero rara vez a los partidarios para corregirlos.

La concepción liberal clásica contenía una gran idea, la idea de que bastaría ordenar la Economía con arreglo a las leyes naturales, para que ésta funcionara de la manera óptima. Esta concepción está íntimamente asociada a la posibilidad de una economía libre regulada por esas leyes naturales, y no por la coacción que inventa delitos donde los Mandamientos no los han puesto. Esta concepción se halla apoyada sobre dos supuestos: 1.º, que hay leyes morales semejantes a las físicas, y 2.º, que estas leyes son, naturalmente, benéficas.

Lo primero es evidente. Una ley científica no es otra cosa que la repetición de un hecho, cuando se dan ciertas causas, todas las mismas. Ejemplo: La materia se atrae en razón directa de la masa e inversa del cuadrado de las distancias. Una ley del mundo económico podría ser: El negociante procura obtener el máximo provecho en sus operaciones mercantiles. La Ciencia tiene por misión, si no es meramente descriptiva, descubrir y enunciar esas leyes. Y si el hombre, por medio de un conjunto de leyes logra llegar a explicar racionalmente la conducta de la materia o del ser humano mismo, de modo que le pueda servir eficazmente de guía en el sector donde tenga que emplear su actividad, puede decir que ha construido una ciencia, no sólo una ciencia explicativa, sino a la vez útil, en cuanto nos permite tener una imagen más completa del mundo que nos rodea y comprenderlo mejor.

Pero si no hay ley, si los hechos no se repiten del mismo modo nunca ¿qué ciencia puede haber? ¿de dónde sacaría el científico sus conocimientos? Cada hecho que se produjera sería un hecho nuevo y de nada le serviría su experiencia anterior para conocerlo o preverlo. ¿Hay ciencia posible en esas condiciones? Evidentemente no. O la Economía y, en general, todas las ciencias humanas obedecen a leyes, o no son ciencias en el sentido correcto de la palabra. Tampoco cabría ninguna política económica, pues ésta se ha de basar en el conocimiento de las reacciones de los sujetos económicos ante los acontecimientos, y esas reacciones se desenvolverían sin obedecer a ninguna ley previsible, es decir, anárquicamente.

Cuando un hecho se repite en condiciones iguales o muy semejantes una vez y otra, el científico formula una hipótesis, una hipótesis sobre la causa del fenómeno, y como se liga al efecto que produce. Luego com-

prueba si es así en nuevos casos, y su hipótesis es confirmada o desechada. La cosa no es siempre tan sencilla, porque los hechos se producen en bruto como resultado de múltiples causas. Pues, aquí interviene un elemento importante en la ciencia: el raciocinio. El raciocinio permite al hombre de ciencia — y aquí es donde se manifiesta una de sus cualidades principales de investigador — separar en un complejo de causas y efectos unos de otros y asociarlos debidamente. No es menos importante en el investigador la intuición que le guía por buen camino.

Hay ciencias tan afortunadas que tienen el recurso de la experimentación. Y no es que ésta supla al análisis racional y a la intuición, sino que la experimentación permite someter a voluntad a comprobación de la experiencia las conclusiones provisionales del análisis, haciendo posible generalmente la exclusión de las causas perturbadoras, para dejar en acción tan sólo la causa y el efecto que se quieren aislar. La Economía no es, por desgracia, de esas ciencias. Los experimentos cuestan caros a la Humanidad. ¡Cuánto ha costado en lágrimas, dolor y sangre el comunismo! ¡Cuánto también el capitalismo en sus siglos de existencia! Por citar sólo los casos hoy más a la vista. En Economía estamos relegados al raciocinio y a la observación, que no es, por lo visto, lo que más campea actualmente en la mentalidad de los economistas, dado que hasta hoy no han logrado construir un sistema que se tenga medianamente en el aspecto racional y merezca unánime reconocimiento. Los propios conceptos de esta ciencia, que son las armas del análisis, están llenos de oscuridad y confusión; en los más corrientes, como capital, inversión, dinero, etc., reina la anarquía más completa.

Sobre el segundo punto, o sea, el carácter benéfico de las leyes económicas y morales en general, hay menos evidencia. Sólo inferencias es posible establecer. Por ejemplo: Si ese arcano de la vida, que constituye el mayor misterio del mundo, ha podido engendrar el ser humano con toda su complicada y admirable estructura y funcionamiento, y encender en él una inteligencia que tiene sus fallos, mas con toda su imperfección no deja de ser una sorprendente *máquina* de imposible imitación ¿por qué no se ha de admitir que reaccione espiritualmente en el orden económico y en el moral del modo más favorable a su subsistencia, como su organismo reacciona fisiológicamente, aunque de modo más rudimentario? Y si esto fuera así ¿no sería imprudente y pretencioso por parte de los economistas quererlo adaptar a sistemas artificiales por ellos creados? En-

tonces, la mejor Economía sería una Economía libre, porque aunaría la libertad a la eficacia y, además sería la más económica por ser la de coste más reducido.

Pero se dirá: La libertad no ha dado buenos resultados. Esto es cierto. La libertad por sí sola no es más que el ámbito en que se han de desarrollar los acontecimientos. Y si en ese mismo ámbito subsisten elementos extraños que trabajan en contra de las leyes naturales, la libertad se verá malograda, el equilibrio que se desea no se producirá y hasta podrán desarrollarse efectos contraproducentes. Creer que la libertad había de ser por sí sola, en cualesquiera condiciones, un hada benéfica que todo lo arreglaría, es de una ingenuidad que se ha pagado duramente. Y en vez de investigar el por qué de su fracaso, ha sido repudiada ciegamente. Una vez negada no cabía más que entregarse a la prepotencia del Estado.

Tal evolución se ha visto favorecida por una tendencia social, casi podríamos decir biológica: la tendencia por doquier al crecimiento, a la hipertrofia del cuerpo estatal. El Estado, como todo lo que vive, propende a crecer y multiplicarse, naturalmente a expensas de los demás elementos sociales menos vigorosos. En lo económico, que es lo más básico, si comparamos la capacidad financiera de los fiscos a principios de la Edad Moderna y en la actualidad, sorprende cuán débil era en las monarquías absolutas, siempre abocadas a pedir préstamos, que hoy parecen de magnitud ridícula, a judíos y banqueros, en relación con los enormes presupuestos y deudas de los Estados democrático-liberales. Y no digamos de los democrático-populares, cuyo presupuesto estatal es el cuadro totalitario de casi toda la economía de la nación.

El Estado absorbe cada día una parte mayor de la renta nacional producida por los factores laboriosos del país; la absorbe y la gasta en sus fines. Aunque esto se haga bajo un marbete democrático-liberal, es una forma de colectivización de la renta, y hoy no se oculta que uno de los objetos de ese proceder es la redistribución de la renta por el Estado, lo cual representa un reconocimiento expreso de que el sistema que tenemos no logra una distribución satisfactoria. Si se reconoce esto, hay que admitir también que el aparato productivo tampoco funciona de un modo satisfactorio, ya que el óptimum de producción depende muy principalmente de la buena distribución, que en una economía libre constituye el estímulo básico y ponderado de las fuerzas productoras. ¿Qué tiene de extraño, pues, que se saquen las consecuencias extremas que ha sacado

el socialismo, de que el sistema capitalista está en quiebra y que lo que hay que hacer es destruirlo por completo para instaurar la prepotencia omnímoda del Estado que ordene la economía con arreglo a planes en que la voluntad del poder predomine en cuanto a lo que se ha de producir y cómo se ha de producir y distribuir lo producido en cantidad y en calidad? Por este camino se puede llegar a constituir uno de los poderes más absolutos, en que el Estado tenga todas las facultades, incluso la de hacer morir de hambre a los que no se acomoden a su voluntad suprema, negándoles el derecho al trabajo y por tanto a ganar y a vivir.

El pueblo seguiría siendo soberano, mas no tendría la facultad de decidir. Su representante es el poder público, y cualquiera acción contra ese poder es una acción contra el pueblo mismo. El pueblo tendría todos los derechos, pero el Estado tendría toda la fuerza e impondría su voluntad que, teóricamente, es la voluntad del pueblo soberano.

De este modo quedarían trastornadas todas las esencias contenidas, también teóricamente, en las democracias liberales, derechos que tenían que haber hecho innecesarias las rebeliones, pues los ciudadanos, si ello representaba la voluntad de la mayoría, podrían variar pacíficamente el sistema político, económico y social. Hay que reconocer que no son muchos los remansos de paz que se han logrado crear gracias a esto. Creo que la mayoría de los regímenes siguen cambiándose por la violencia, sin duda porque se han frustrado los supuestos sobre que se apoyaron las esperanzas democráticas.

¿Será porque, como opinan muchos, vivimos en un mundo muy malo? Yo no sé decirlo, porque no conozco otro. En éste, ciertamente, nos asedian muy angustiosos problemas. Mas pensad que si habitáramos un planeta en que no hubiera problemas, en que todo estuviera resuelto del mejor modo posible, la vida sería bastante insustancial y aburrida, y acabaríamos por ser todos tontos, mejor dicho, no habríamos llegado a ser más que trozos de materia viviente, sin pena ni gloria. Algo así debe de ser el limbo.

Han sido los problemas del vivir lo que ha hecho inteligentes a los seres vivientes, a fuerza de quererlos éstos superar. De modo que si el propósito del Creador fue que se despertase y perfeccionase la inteligencia humana, no pudo hacer otra cosa mejor que situarnos en un mundo del tipo del nuestro. Ahora bien, esos problemas que el vivir nos plantea, han de ser solubles. Ponernos en un Cosmos llenos de problemas, sin posibili-

dad de solución, no nos haría tontos, pero nos volvería locos, lo que sería peor. Ninguno de esos extremos caben en la Suma Bondad y Sabiduría. Conformémonos con el mundo que tenemos y procuremos sacar el mejor partido de él. No nos sintamos demasiado petulantes. Contentémonos con descubrir las leyes que lo gobiernen, no las inventemos. Y tratemos, cada uno con nuestro más o menos débil esfuerzo, de dejar ese mundo un poco menos mal de como lo hemos encontrado, lo que hasta ahora no parece que lo vayamos consiguiendo.

Ved ese problema del paro, tan acuciante y tan bronco. Por la razón que hemos dicho no puede ser una cuestión insoluble. ¿Cómo iba a condenarnos Dios a los que no pudiéramos cumplir su mandato? “El que no trabaja no come”, bien, pero el que trabaja ha de poder comer y el encontrar trabajo no debe ser un problema. Pues sí lo es y hay que hacer planes, uno de cuyos objetivos primordiales es proyectar obras más o menos útiles para dar trabajo a los ciudadanos que deseen cumplir el mandato divino.

¡Dar trabajo! ¡Crear trabajo! ¿pues, no habíamos quedado en que uno de los fines de la Economía es reducir la cantidad de trabajo que se necesita hacer para vivir? Ahora resulta que lo que se ha de hacer es inventar trabajos para los que no lo tienen, trabajos en que importa menos la eficacia y utilidad que el ocupar gentes como sea. ¿Qué extraña paradoja es ésta?

Nos dicen, por otra parte, que el problema actual de casi todos los países es la falta o escasez de capital. ¿Y qué es el capital? Os lo dirán todos los libros de Economía: trabajo acumulado sobre la materia para elaborar productos que ayuden el trabajo del hombre en otras producciones. Si falta capital y sobra trabajo lo natural sería emplear ese trabajo en producir los artículos de capital necesarios. Pues no, el capital ha de venir de fuera y hay que mimarlo y darle todas las facilidades. Por lo visto, las contradicciones son la especialidad de todos los economistas sin distinción de países ni credos. ¿Pero no sería mejor, señores colegas, que cada cual nos ocupáramos de deshacer las contradicciones de la propia doctrina, mejor que escudriñar en las que combatimos? Creo que ayudaríamos así más eficazmente al triunfo de las propias ideas que criticando las de los demás, para a la postre, caer en burdas imitaciones de lo que censuramos.